

V. Blasco Ibáñez
El aburrido de Venecia
(*El Motín*, 29-5-1897; *La Autonomía*, 5, 6 y 9-6-1897; *Vida Nueva*, 26-6-1898)

Eran las cuatro de la tarde en el reloj monumental de la Procuraduría Vechia cuando entré en la plaza de San Marcos.

El sol de primavera, tamizado por la sutil neblina de las lagunas, coloreaba con suave tinte anaranjado las tres alas de la plaza, con sus soberbias columnatas de mármol, y en el fondo, cerrando como murallas de oro el gigantesco cuadrilátero, alzábase la basílica de San Marcos, dorada, afiligranada, casi aérea, cual maravilloso relicario digno de ostentarse sobre el pecho de la esposa de Micromegas.

La banda municipal de Venecia, una de las mejores del mundo, conmovía los ecos de esa plaza, jamás despertados por el rodar de un coche ni el trotar de un caballo, con la arrebatadora *Cabalgata de la valkiria*; la valiente página de Wagner, que despierta estremecimientos de asombro y entusiasmo, parecía hacer palpitir con momentánea vida los cuatros corceles de bronce pateantes sobre la portada de la basílica; volteaban en el espacio como tromba de plumas los mil palomos de San Marcos, arrojándose con arrullador impulso sobre los grupos de niños que le presentaban granos de trigo en sus manecitas; y por debajo de los pórticos, antes las deslumbrantes joyerías y las tiendas de azulados espejos, paseaba esa población cosmopolita y bizarra, que la hermosura de Venecia atrae de todos los extremos del mundo: americanas morenas de ojos soñadores y varonil andar; austríacas esculturales, macizas, con la rubia cabellera suelta como bandera de oro, y esbeltas inglesas ostentando bajo el hombruno sombrero de paja los bucles cenicientos y los ojos azules, profundos y melancólicos, que parecen reflejar la suave y tranquila belleza de los lagos de Escocia.

La primavera veneciana acariciaba la plaza con su hálito tibio, en el que se confunden la salitrosa y vivificante emanación de la laguna con los perfumes de los jardines del Lido. Brillaba al sol la decoración policroma de la plaza; parecían arder los muros pintados de ese rojo oscuro que domina en toda la ciudad y los artistas llaman *rojo veneciano*, y el aspecto de la animada muchedumbre traía a la memoria los recuerdos gloriosos del arte en Venecia, como si al mágico conjuro de la música de Wagner resucitasen todas las esplendideces fijadas en el lienzo por Ticiano, el Veronese y Tiépolo.

Algunas palabras españolas que sonaron a mi espalda, hiciéronme volver rápidamente la cabeza. Salían indudablemente de labios poco acostumbrados a pronunciarlas; las erres se arrastraban trabajosamente, sin lograr despojarse de su envoltura de *ges*, y las *jotas* acababan por no salir

después de trabajosas intentonas de evasión... Eran sin duda comisionistas de comercio o turistas que, preparando su viaje a España ejercitábanse en el castellano.

Pero cuando al volver la mirada me encontré con un matrimonio que marchaba lentamente, cogido del brazo, parándose ante los escaparates, reconocí inmediatamente sus rostros, muchas veces vistos en ciertos periódicos, y no pude contener una exclamación de asombro.

Esto último requiere explicación. ¡Extráñense los curas belicosos, los energúmenos de seminario, los aventureros que sufren la nostalgia del monte y al abrir el periódico del partido buscan inmediatamente la noticia de que el *Señor* sigue sin novedad en su importante salud, allá en el palacio de Loredán! Inconvenientes de las malditas creencias liberales e impías. Yo, tan español como ellos, estaba en Venecia cuatro días, y subyugado por la belleza de la ciudad, los esplendores de San Marcos y el palacio de los Dogas, ni remotamente había cruzado por mi memoria el recuerdo de que en el mismo sitio vive el hombre destinado por la Providencia para hacer la felicidad de España.

Por esto al verme repentinamente en presencia de don Carlos y doña Berta, no pude contener el asombro que me causaban, no sus regias personas, sino mi falta de memoria y de respeto a la majestad.

La vi a ella pequeñita, delicada, con la tez amarillenta, de insignificante belleza, los ojos menudos pero vivos, con cierta altivez imperiosa que delata ambición y tenacidad. Los años pasados en el convento se revelan aún por cierto encogimiento, por falta de costumbre en llevar las modas modernas, hasta el punto de que el elegante vestido de luto parecía querer huir de su cuerpo moldeado por el hábito.

Él era el de siempre; pero no impunemente pasan los años y se adquiere fama de atleta en los juegos olímpicos del placer. Aún está en pie aquel buen mozo que no dejó a una sola de las guapas muchachas de Navarra sin conocer a qué sabe la carne de rey; pero se sostiene como torre arruinada, con retoques y falseamientos interiores; la barba gris con más pelos blancos que negros, los ojos empequeñecidos por las profundas arrugas de la pata de gallo, y el andar inseguro y pesado del que siente que los placeres se vengan cosquilleándole dolorosamente la médula.

Apoyábase en el brazo de su mujer, y a pesar de su alta estatura, que aún parece mayor al lado de la pequeña doña Berta, notábase la superioridad de esta. Se adivinaba el imperio de la mujer que, por ser dueña de los millones, domina al marido arruinado, y poco segura de él, lo tiene a todas horas bien sujeto, imponiéndole su voluntad.

Aún recuerdo con todos sus detalles aquel encuentro. Cuando se pasea por el vacío de un país extranjero la irrisoria majestad de un trono fantástico,

cuando se sufre el aburrimiento de la soledad lejos de una nación en la que se tiene partidarios y de los cuales se habla a todas horas a la mujer que ha entregado mano y fortuna esperando sacar del negocio una corona de reina, se siente la necesidad de tener noticias de allá que no sean las frías y concisas de los periódicos, se desea recibir todos los días la visita de un fiel cuyo fanático entusiasmo avive la fe de los que languidecen en el aislamiento de una ciudad liberal e indiferente.

Por esto don Carlos, al notar mi exclamación, o más bien dicho mi interjección española de sorpresa, seguida de miradas, debió tomarme por uno de sus vasallos, por algunos de los que hacen el viaje con la esperanza de admirar al Señor, y pasó junto a mí sonriendo benévolamente.

A pocos pasos detuviéronse ante un escaparate. No miraban nada. Hablábanse en voz baja y por ciertos movimientos de él adivinábase lo que decía.

—Ahí detrás hay un español. ¡Pobrecillo! Debe ser uno de los nuestros que habrá hecho el viaje solo por vernos.

Y los dos volviéronse lentamente para ver al vasallo que estaba a pocos pasos. Ella sonreía maternalmente, como animándome con ansiada bondad a que me aproximase. Hermoso momento para haber reproducido una escena de la Edad Media, arrodillándome a sus pies, pidiéndoles las regias manos para besarlas y acogiendo como un gran honor el que su egregia majestad se dignase hablarme de tú.

Pero no sé qué demonios vieron en mí, no sé si reí o hice alguna mueca, lo cierto es que repentinamente recobraron su majestad de reyes cesantes, alejándose como si nada hubiera pasado.

Después volví a encontrarlos. La plaza de San Marcos es el único paseo de Venecia, y aunque grande, se cruza uno en una tarde más de cincuenta veces con las mismas personas. Siete u ocho días estuve en Venecia, y en este tiempo perdí de cuenta los encuentros con el regio matrimonio, el cual parecía multiplicarse, como si tuviera don de ubicuidad: unas veces paseando en el Lido, otras en góndola en el Gran Canal, y hasta una noche en las mesas del café Florián. Acabé por sabérmelos de memoria.

Y siempre al verle a él, asaltaba mi imaginación el mismo recuerdo. Me transportaba a los tiempos de mi niñez; la juventud en masa arrancada de los campos y talleres para reforzar el ejército; el movimiento de producción paralizado; el progreso detenido; las ciudades convertidas en cuarteles con las trompetas siempre resonando en las calles y las casas repletas de alojados; las columnas pasando y repasando por los mismos sitios con sus soldados andrajosos, polvorientos, tostados, ceñudos, con luengas barbas y mirada fosca, siempre en busca de un enemigo que solo se mostraba cuando era cien contra uno; las sangrientas luchas de cabila reproduciéndose en Cataluña y el

Maestrazgo; el hermano matando al hermano; el padre fanático reconociendo el rostro del hijo en el recluta que acaba de tender a sus pies; el cura Santa Cruz resucitando la guerra de horda, luchando a impulsos de la barbarie hereditaria como pudiera luchar una tropa de hunos; los bandidos con boina cegando las simas con carne humana; inermes prisioneros con los pantalones caídos y obligados a huir tambaleantes ante la caballería que los acuchilla, mientras los canallejas del requeté celebran con carcajadas esta broma macabra; los pueblos viendo horrorizados en sus plazas, donde antes se celebraban alegres fiestas, los fusilamientos de hombres a los que se arranca de los brazos de su esposa y de los pequeñuelos que se agarran a sus piernas; viejos sacerdotes, odiados por ser liberales, con una cuerda al cuello, de la que tiran los chicos de la partida, paseados como perros rabiosos por montes y barrancos hasta que caen al fin acribillados a tiros y bayonetazos; las vías férreas cortadas; las estaciones derrumbadas entre llamas; los trenes rotos y desvalijados mientras los viajeros se alejan, a pie, formando un rosario de prisioneros, entre culatazos y palos, como una caravana sorprendida por los beduinos; Cuenca coronada de chispas y nubes de denso humo, con las calles empedradas de cadáveres y muebles descerrajados, y las casas desplomándose para ocultar entre sus escombros los horrores del robo y la violencia; y todo este cúmulo de crímenes... fueron por este hombre que pasea tranquilo, satisfecho de lo que él llama sus derechos, convencido de que mientras cuente con el apoyo de unos cuantos miles de imbéciles o de desalmados, su única obligación en la tierra es sangrar y deshonorar a un pueblo infeliz.

Nunca como al ver de cerca a ese hombre que tan tristes recuerdos evoca, al rozarme con él en medio del gentío, he comprendido la sublimidad de esos medios violentos del regicidio que, vistos en la historia a través del tiempo y lejos de las circunstancias, resultan muchas veces odiosos. Entonces comprendí que hay tiros o puñaladas que pueden resultar santos si libran a toda una nación de la guerra civil y evitan que el comerciante se arruine, el agricultor perezca de hambre y centenares de miles de madres se vistan de luto, todo por culpa de un solo hombre.

Por desgracia en el mundo el mal retoña siempre. Entre gentes que aspiran a un trono, suprimir al padre es hacerle un favor al hijo, que desea la desaparición de aquel para ver saciadas sus ambiciones; y el peligro no está en el pretendiente, sino en la barbarie nacional, en el fanatismo de esa gran masa ignorante que cree como artículo de fe lo que dice el cura guerrillero, se entusiasma con la leyenda sangrienta de Cabrera, semejante a la de Atila, y sueña en resucitar lo más deshonoroso y muerto de las tradiciones.

Cuando se trata de un régimen político basado únicamente en la bondad de las ideas, es inútil hablar de las personalidades que lo representan; pero el carlismo es un partido puramente personal; lucha por encumbrar a un

individuo, al que cree despojado; y yo, mirando a don Carlos, me preguntaba: ¿Qué hay de extraordinario en este hombre, en este veterano de Afrodita, que guarda en su médula enferma y su espalda encorvada el recuerdo de vergonzosas campañas? Le siguen ciegamente miles de españoles como representante de la tradición nacional, a pesar de haberse educado en todas partes menos en España, y de que todo su españolismo consiste en enseñar el castellano a su mujer, a pesar de hablarlo tan mal como ella.

Nada hay en don Carlos que revele al hombre intelectual. Tiene buena presencia; es brutalmente guapote como un antiguo granadero; su gallardía es la de un semental poderoso que no pierde golpe. Su rostro moreno y barbudo tiene el perfil arrogante del pueblo donde nació y a cuya raza tal vez pertenezca. Trae a la memoria esos húngaros bizarros que acampan a las puertas de nuestras ciudades en busca de calderos que remendar; pero cuando se quita el sombrero, la frente estrecha y deprimida y la cabeza exageradamente pequeña, revelan al hombre de materiales apetitos, en el cual el irresistible impulso hacia el placer no ha dejado lugar a otras aspiraciones.

El hecho de haber nacido nieto del titulado Carlos V, le ha proporcionado el cómodo oficio de pretendiente; pero la naturaleza le creó guapote, voraz y sin seso, para ser *croupier* en Montecarlo o un *monsieur Alphonse* de los que viven mantenidos por cualquier *cocotte* parisién.

En Italia la indiferencia o el desprecio le rodean.

Se fue de Milán porque los periódicos de esta ciudad, que están a la altura de los primeros del mundo, le dijeron tremendas verdades cuando el ruidoso pleito del Toisón de Oro, y a raíz de la muerte de doña Margarita a la que hicieron justicia como resignada víctima de la infidelidad conyugal. En Roma le es imposible vivir, porque el papa no lo quiere cerca, temeroso de que supongan le apoya el Vaticano; y por esto tiene que aburrirse en Venecia, la ciudad de tradiciones republicanas, que rinde fervoroso culto al revolucionario Mazzini, y, cansada de burlarse de don Carlos, al que llama *re di mazzo di corte*, o sea rey de baraja, ha acabado por no acordarse de él.

El más absoluto vacío reina en torno de su persona. Yo le he visto pasear toda una tarde por la Riva de los Esclavones, donde estaba lo mejorcito de Venecia, y solo le saludaban los gondoleros, los mismos que por media lira de propina se quitan el sombrero media docena de veces y llaman a cualquier *eccellenza* o *egregio padrone* otras tantas.

¡Los gondoleros! Estos son los únicos admiradores y partidarios que don Carlos tiene en Venecia. Recuerdo lo que uno de ellos me decía una noche de luna, encorvado sobre el largo remo con que iba batiendo las sombrías aguas que corren bajo el puente de la Paja, al internarnos en las tortuosas callejuelas:

—¿Conque el señor es español? Yo conozco mucho al rey del señor.

Y a esta introducción siguió un largo silencio, hasta que, animado por repentina confianza, «ya que el señor era español», consideró oportuno hacer el elogio de mi rey.

«Un completo caballero. Ese sabía vivir. Y como divertirse... ¡*Madonna!* ¡quién pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia. ¡Hombre más protector! No habla en la ciudad una rubia bonita a la que no conociese, y una verdadera corte de rufianes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen genio tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien a *mi* rey. Más de una noche le había llevado en su barca a la casa de cierta rubia, ya algo ajada, que él me podía enseñar cuando yo quisiera. Y hablaba a continuación de noches tormentosas, pasadas por *mi* rey con otros príncipes extranjeros; de bromas estrepitosas en la camareta de la góndola con muchachas de las que revolotean después de medianoche por la plaza de San Marcos; de juergas que milagrosamente no fueron a terminar en el fondo fangoso de los canales; y yo notaba en todo el relato de aquel alcahuete cierto fondo de ironía, como si por mi nacionalidad me creyera de una raza inferior.

Sentíame molesto en aquel instante por ser español. Aquel bellaco que conocía bien a *mi* rey, compadecíame y tal vez pensaba que los de mi país deben ser muy brutos, cuando se rompen la cabeza por un hombre que mil veces había conducido desde las casas peores de Venecia al palacio de Loredán.

¡El palacio de Loredán!... ¡Qué ilusiones despiertan estas palabras en la imaginación de los fieles carlistas! El rústico de las Vascongadas, el payés de las montañas catalanas, el cura del Maestrazgo, se imaginan un palacio portentoso, un alcázar de las *Mil y una noches*, un santuario donde reside el ídolo de la legitimidad y de la tradición. Y la realidad no puede ser más triste. El tal edificio es una casuca pintada de amarillo, con grietas revocadas, tres ventanas por piso en la fachada que da al Gran Canal, y sin otro adorno artístico que dos pilotes hundidos en el agua, pintados con los colores de nuestra bandera y rematados con una corona dorada, que sirven para amarrar las góndolas de los visitantes. Si le llaman palacio es porque en esta ciudad todos los edificios antiguos tienen tal título, aun los que sirven de casas de vecindad.

Los españoles residentes en Venecia conocen bien el interior de Loredán, y de sus relatos se desprende que la casa es siempre fiel reflejo del hombre.

Ese don Carlos, al que sus fieles ensalzan como hombre ilustradísimo porque ha corrido mundo, sin considerar que también las maletas viajan,

reside muchísimos años en Italia, patria de las artes, ha derrochado herencia tras herencia un sinnúmero de millones, y sin embargo ningún artista famoso ha visto adquirida por él ninguna de sus obras.

Para echarla de Mecenaz y aficionado a las artes, le basta con mantener como un lacayo a un infeliz pinta manos navarro, que embadurna retratos del señor para que este los regale a los casinos del partido, y cuando se siente inspirado plagia las batallas napoleónicas de Messonier, pintando cuadros que representan a don Carlos a caballo, soberbio como Bonaparte y desfilando ante él confusos y avergonzados los prisioneros liberales. Por algo se inventó el refrán «pintar como querer».

Mas no por esto carece Loredán de museo. Pero es con arreglo a los gustos de su dueño. En lujosas vitrinas están los trabucos de los cabecillas, muestras de los capotes y boinas que gastaban los batallones navarros, sables oxidados por la sangre, lámparas formadas con manojos de bayonetas, recuerdos de muerte y de violencia que evocan un pasado tristísimo; un museo, en fin, digno de aquellos señores feudales que vivían de la rapiña, aislados en su alto castillo, a donde solo llegaban los cuervos, o que hubiera hecho furor en la hermosa cabaña de algún bárbaro de las selvas célticas.

Y justamente esto es lo que don Carlos se apresura a enseñar a cuantos personajes le visitan en su aburrido destierro, y con mal disimulada complacencia explica la historia de cada arma, los liberales que acuchilló este sable, los soldados que mató aquel trabuco.

Recuerdo una noche en que hablando de don Carlos paseaba por frente al palacio de los Dogas con un ilustre artista español que hace muchos años reside en París, donde ha alcanzado triunfos gloriosísimos.

—Yo no tengo ideas políticas —me decía—. En París visitaba a Ruiz Zorrilla, porque era un español ilustre, y cuando voy a Madrid trato a Cánovas y Sagasta. Pero en el extranjero me domina el patriotismo, y aunque todos los años resido una temporada en Venecia, me he negado siempre a ir a Loredán, a pesar de las invitaciones y de que don Carlos manifiesta deseos de conocerme. No; jamás entraré en una casa donde un hombre que quiere ser amo de España, enseña a los extranjeros como museo de preciosidades unas armas que solo han servido para asesinar soldados españoles